

(Transcripción)

Junio de 1973<sup>1</sup>

### **María, humanidad realizada**

Los jóvenes quieren ser auténticos, sienten la necesidad de liberarse de todo lo que les impide ser verdaderos. En María había sólo autenticidad porque en ella no existía «su yo», en sentido negativo, sino sólo el designio de Dios sobre ella, sin incrustaciones de “hombre viejo”.

En alguna medida todos piensan, y los jóvenes de forma particular, que la mujer y el hombre para ser completos tienen absolutamente necesidad el uno del otro, y no pueden realizarse en absoluto si no es mediante el trato con el otro sexo. Ahora bien, María, que está *sola*, desplaza completamente esta idea. Ella es incluso esposa de Dios y madre de Jesús en la más perfecta virginidad. Ella es completa, contiene en sí a toda la humanidad; esto es, Dios la ve como el arquetipo de la criatura humana, no tiene importancia si hombre o mujer, la criatura en su perfección que encuentra su plenitud en la relación con Dios.

Si un chico o una chica se buscan egoístamente para completarse el uno al otro, no hay más que dos egoísmos que se suman; cada uno quiere ser él mismo y con todas las buenas palabras que se puedan decir, en el fondo se instrumentalizan. La plenitud del hombre y de la mujer está en ser, en vivir, en estar en relación con Dios. Es ahí donde hay que apuntar para ser completos.

El que después dos criaturas, superando ambas el egoísmo, se unan en matrimonio y formen una belleza nueva para la vida de la humanidad que continúa, éste es otro asunto.

Cuando Jesús habla del matrimonio, eleva al hombre y a la mujer, en su unión, a colaboradores suyos; pero también se dirige a ellos cuando dice: «Quien no deja mujer e hijos no puede ser mi discípulo» (cf. *Lc* 14, 26).

De modo que, aun estando unidos el uno al otro en la familia, Dios quiere que tanto el hombre como la mujer estén personalmente solos con Él, completos en sí mismos, capaces de ser los primeros en amar.

Otra exigencia que sienten mucho los jóvenes, es la de superar ciertos esquemas opresivos de la autoridad. Están convencidos, los jóvenes, de que nadie jamás podrá ejercitar bien su función directiva si no es en unidad con quien le tiene que ayudar. Se descubre, prácticamente, la necesidad de sentirnos corresponsables porque, antes que tener papeles diversos en la sociedad, somos todos iguales, somos hermanos. El revés exasperado de esta exigencia insatisfecha es la anarquía, por la que los jóvenes se sienten atraídos, negando de raíz no una forma determinada de ejercitar la autoridad, sino cualquier tipo de autoridad.

Pues bien, María, que estaba en aquella situación excepcional en la que Dios la había creado, se hizo obediente incluso en algunas cosas de las que no hubiera tenido necesidad alguna. Por ejemplo, acudió al templo para la purificación, ella que era la pura por excelencia, porque sentía el deber de respetar la tradición mientras no madurara el tiempo de superarla. Ciertamente María no fue jamás excéntrica.

Ella nos enseña que la transformación de la sociedad no se produce mediante una contestación global que desemboca en la anarquía, sino aceptando, aun dolorosamente, esos esquemas que

---

<sup>1</sup> En *Colloqui con i gen*, Città Nuova, pp. 178-182

consideramos superados, sabiendo que de esta aceptación sufrida nacerá una sociedad renovada.

Éste es el cambio radical que María nos sugiere.

Otro ejemplo se refiere a la moda unisex. Esta moda intenta también demostrar la igualdad, la paridad entre los sexos, lo cual está bien. Pero hay un fondo que no convence en esta moda; hay un intento de confundir los sexos, una mezcla que puede dar a entender algo absolutamente negativo. Ante esto hay que ir en contra. María era realmente el sexo femenino, mujer. Pues bien, antes la hemos visto como síntesis y arquetipo de la humanidad, pero si ahora la consideramos simplemente desde esta perspectiva, como mujer, nos damos cuenta de que ella no ha confundido las cosas. En ella se ponen de manifiesto todas las características de la femineidad; es exactamente la mujer que sirve a Dios con sus dotes específicas, no intentando hacer la parte del otro, sino haciendo la suya plenamente, completamente.

Hoy, además, es acostumbre vestir y comportarse de modo descuidado: y no es sólo una moda, hay por debajo toda una filosofía. Es como decir: no me interesan nada las riquezas, las comodidades, la etiqueta, no somos esclavos de nada. Y esto es positivo. Pero no es igualmente positivo ese desorden que dificulta la relación con los demás y crea un malestar alrededor.

También en esto María es la respuesta; ella es la pobreza personificada. No tenía nada. Tuvo tan sólo un establo en Belén para dar a luz a su hijo, era esposa de un carpintero. Sin embargo, no podemos pensar que no haya tenido cuidado de su persona, ni de la persona de Jesús; podemos pensar que es ella quien ha preparado para Jesús esa apreciable túnica que a los pies de la cruz se echó a suertes y no se dividió porque estaba tejida toda de una pieza. La pobreza de María no significa descuido, fealdad; era una pobreza auténtica, sinónimo de sencillez que es belleza. Nada es tan pobre como la naturaleza, como el mar, como una flor, como la hierbecilla; sin embargo nada es tan hermoso como el desierto, como una flor, como la hierba... Esta es la pobreza, esta es la sencillez que nos enseña María y que responde a las aspiraciones de los jóvenes.

¿Qué decir de la exigencia de profunda espiritualidad que hay en los jóvenes, su búsqueda en los valores del espíritu de algo que dé sentido a la vida? Los jóvenes de hoy, por instinto, sienten la exigencia de la oración, de la meditación, contra un mundo que tiene como criterio de valoración el hacer. Por eso, los occidentales se dirigen a Oriente que tiene una mística propia que fascina. Van allá esperando descubrir el valor de la interioridad. Ahora bien, María ha sido siempre considerada el modelo de la contemplativa por excelencia, aunque nosotros la pensemos «activa» por ser madre, porque ha tenido una parte activa en la Iglesia después de la muerte de Jesús; pero en María, la acción no estaba separada de la contemplación.

Por tanto, esta búsqueda de espiritualidad encuentra en ella la respuesta. Si los jóvenes calan en la vida de María a fondo, encontrarán el abismo infinito de su interioridad.

Otra característica del mundo contemporáneo es el deseo de una vida que sea una aventura, el deseo de viajar para romper el sentido monótono de la rutina de cada día, para inventar una vida más variada. Cuando no se puede asegurar físicamente el poder viajar, o cuando se siente que trasladarse de aquí a Londres, o de Londres a Nueva York, es demasiado poco, entonces se intenta salir de la dimensión cotidiana de la vida mediante la droga, que es la última expresión negativa de esta necesidad de viajar.

Aunque la comparación sea atrevida, quien responde al deseo de hacer de la vida una aventura, un viaje, es también María. En efecto, todos sus planes se esfumaron y ella siguió el plan de Dios. Y no de una forma «normal», sino nada menos que con ángeles que se le presentan; en la base de esta aventura hay hechos externos excepcionales... Ciertamente la vida de María fue un viaje hasta la Asunción, que permanecerá siempre más allá de cualquier sueño posible y de cualquier realización de quienes quieren

viajar. Pensemos en la Anunciación -bastaría pensar sólo en ello- o en el nacimiento de Jesús niño, o en los magos que van a llevar sus dones a aquel establo. Pensemos en María durante la vida pública de Jesús, o cuando a los pies de la cruz se encuentra entre sus brazos a su hijo, Dios, muerto y se convierte en madre de la humanidad. Y por último, pensemos en su Asunción al cielo. En contacto con realidades tan fuertes, se siente la limitación y lo absurdo de otros viajes. Solamente un viaje se ve importante: el viaje con ella desde esta vida hasta el cielo.

Finalmente, uno de los fenómenos más típicos de esta última década: los jóvenes sienten que tienen que romper las viejas estructuras; y tienen razón, porque en ellas hay algo superado ya, algo rancio que sabe a ausencia de vida. Las estructuras que nosotros conocemos son estructuras que muchas veces violentan al hombre, porque quieren imponerle un determinado resultado, quieren construir un determinado tipo de hombre, y en cambio, lo que hacen es destruir al hombre.

María, de jovencita, fue contra las costumbres de su pueblo. Mientras todas las chicas hebreas se casaban y aspiraban a la familia, a la maternidad, ella se consagra virgen a Dios. Como hebrea, formaba parte de la sinagoga, y por ello de las costumbres del Antiguo Testamento. María, sin embargo, para seguir a Jesús supera esta condición, sale del Antiguo Testamento para entrar en la Nueva Ley, la de Jesús; deja el sistema de leyes antiguas para convertirse en seguidora suya, para insertarse en la estructura traída por su hijo. Nadie como María puede comprender la exigencia que tienen los jóvenes de eliminar las viejas estructuras y puede orientarles hacia la Iglesia, esa estructura que hace posible la vida de la Trinidad en esta tierra.

Chiara Lubich